

G L O S A S

Por JORGE MANACH

Apr 23/45
E I P. E. N. Club

EN otro lugar de esta edición publica hoy el DIARIO (y ojalá hayan podido también publicarlo otros periódicos) el «Manifiesto de Fundación» del P. E. N. Club de Cuba. Ese manifiesto explica muy claramente de qué se trata. A ese comentario no he de traer hoy más que algunos antecedentes de esta iniciativa, que anteanoche, al fin, maduró en grata realidad y promesa.

Hace seis años, hallándose todavía en Nueva York quien esto escribe, fué invitado a participar en el «Congreso Mundial de Escritores». Se efectuaba con ocasión de la Feria de Nueva York, y en las palabras oficiales se declaraba formalmente «dedicado a los libertades básicas, bajo los auspicios del Centro Americano del P. E. N. Internacional». Con tal motivo se reunieron, en la metrópolis americana primero, y más tarde en Washington —a donde los llevó una invitación del Presidente Roosevelt—, no pocos de los más sonados escritores del mundo... y algunos de menor cuantía. Entre los asistentes estaban Jules Romains, presidente a la sazón, si no recuerdo mal, del P. E. N. Club de Francia, y Hermon Ould, secretario del Club de Londres. Por haber sido este club el primero en que cuajó la idea del P. E. N. Club Internacional, en 1921, actúa un poco como sociedad matriz de las muchas en que después ha proliferado la idea por todo el mundo, y su secretario, mister Ould, es uno de sus incansables animadores.

Hubo él de preguntarme por qué no existía un P. E. N. Club en La Habana como lo había en Buenos Aires y en México. Le respondí con las mejores disculpas que pude (que no fueron, por cierto, muy convincentes); y como le di-

jera de mi propósito de regresar pronto a mi tierra, me instó a que, una vez en ella, reuniese a los escritores y tratase de organizar el P. E. N. Club de Cuba. Al efecto, me proveyó de las instrucciones del caso.

Hacia 1940, sin embargo, el ambiente en Cuba no era todavía propicio para semejante iniciativa. Se vivía aún la resaca de la revolución; la Asamblea Constituyente estaba en puertas; flotaba en el aire un denso sectarismo. Aunque José María Chacón y Calvo hacía heroicos esfuerzos por acreditar, como política oficial, «la neutralidad de la cultura», cundía mucho por lo bajo la peregrina tesis contraria de que, cuando los hombres discrepan en sus opiniones sobre las cosas públicas, la tensión no deja lugar a la amistad, a la camaradería, a la convivencia cordial. Y como éstas eran justamente las actitudes inmediatas a cuyo cultivo estaba consagrada la idea del P. E. N. Club Internacional, me pareció aconsejable mejores tiempos para darle acogida efectiva a la invitación de fuera.

Ya en marzo de 1940, sin embargo, en la sobremesa de un almuerzo homenaje a Rafael Suárez Solís, con motivo de su «Justo de Lara», la cosa se presentó con mejores auspicios. Por poco se logra entonces, bajo la irradiación cordial de ese amigo querido y finísimo escritor. Pero aún quedaban suspicacias y resabios políticos en el ambiente. Con el más loable celo por los destinos del mundo en aquel momento lleno ya de graves inminencias, se temió que el P. E. N. Club fuera cosa demasiado ajena, demasiado inglesa e imperial; hasta apática hacia el dolor del hombre o, peor aún, «reaccionaria»...

Era desconocer lo que esos grupos de escritores libres han venido representando en la república in-



21

ternacional de las letras y, sobre todo, del Espíritu, desde hace más de veinte años; olvidarse del eco que le habían dado por todo el orbe civilizado a la voz de un H. G. Wells en Inglaterra, de un Romans en Francia, de un Thomas Mann y un Ernst Toller en Alemania, del Ortega y Gasset y el Manuel Azafía que sazonaron la república en España, de los Sanín Cano, los Alfonso Reyes, los González y Martínez y los Mallea en las tierras americanas de nuestra habla...

Si algo, en efecto, caracteriza profundamente a los P. E. N. Clubs del mundo entero, si algo los junta, por sobre todas las distancias, en una fe común, es la convicción de que un mundo sin libertad y sin justicia sería un mundo invivible; de que una lesión que a esos valores se infiera en cualquier parte, es una amenaza para los intereses de la civilización en todas partes, y de que, si alguna actitud repugna a la condición esencial misma del escritor, es la insensibilidad hacia toda forma de autoritarismo que le ponga cadenas al racional espíritu del hombre.

Lo que hay —eso sí— es que los P. E. N. Clubs, juntan a ese celo por la libertad genuina y profunda, un aprecio acaso no menor, de la eficacia de la amistad como aptitud también del hombre y como forma la más fecunda de comunicación entre ellos. Galsworthy lo dijo en esas palabras que cita en parte el Manifiesto del P. E. N. Club cubano: «De nada vale la vida humana sin el espíritu de amistad. Los más prácticos de los mortales somos acaso aquellos que aspiramos a lograr lo que las grandes masas de la humanidad desean —una atmósfera de templanza y de simpatía que respirar». Y como no siempre, en los tiempos que corren, se estima compatible con la amistad el particularismo de la «militancia» política, los P. E. N. Clubs cuidan mucho de que éste no penetre en su ámbito cordial, aunque respeten cabalmente en cada escritor su derecho, como individuo, a sustentar políticamente las convicciones que quiera — si son democráticas.

Parecía, pues, llegado el momento —ahora que parece abrirse para el mundo una etapa de mayor convivencia— de fundar al fin nuestro P. E. N. Club de Cuba. Las demás razones que abonan esa iniciativa se exponen en el manifiesto aludido. Pero quisiera subrayar una. Los escritores cubanos hemos estado viviendo dispersos y discordes. Las distancias del trajín cotidiano tendían a fomentar entre nosotros toda suerte de apatías y malicias. Y sin embargo, cuando por ventura nos juntábamos, sentíamos siempre nacer entre nosotros del hincón del espíritu, una alegría de estar juntos, un calor de amistad latente, un gozo de la inteligencia sin cálculos y sin trámites. Y casi siempre nos dispersábamos de nuevo lamentando tener tan pocas ocasiones de vernos.

Fues bien; el P. E. N. Club no se propone otra cosa que darle continuidad a esas ocasiones median-

te un mínimo de marco formal. Quisiera brindarles a los escritores cubanos algo de ese gozo de la camaradería fina por encima de todos los particularismos, que Paco Ichaso y yo pudimos apreciar hace unos meses en México, cuando nos recibió a su mesa el P. E. N. Club de aquella República. Lo demás, lo trascendente para la vitalidad de nuestra cultura, irá saliendo de eso. Lo importante es que ahora la fundación, nacida bajo los más fervidos auspicios, caiga en ambiente general de amistad. Por la amistad —o por el amor, como decía Sócrates— se salva siempre el Espíritu.

DM, Sep 23/45